

Leer *y* releer

Marzo de 2017 N.º 82



La historia del hombre
contada por sus casas

José Martí

Universidad de Antioquia / Sistema de Bibliotecas



Ilustraciones: Fotografías de Jorge Restrepo
Portada: Sin título. Fotografía digital, 2015.
Todas las fotografías interiores obedecen a esta misma descripción.



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Vicerrectoría de Docencia

Sistema de Bibliotecas
Correo electrónico: german.sierra@udea.edu.co
Teléfono: (57-4) 219 59 54

Presentación

José Martí, ensayista

Se llamaba José Julián Martí Pérez y los tres ensayos que el lector encuentra aquí también son sorprendentes porque José Martí (Cuba, 1853-1895), que es uno de esos nombres que ya mismo suenan a una idea preconcebida, llena seguramente de lugares comunes (y el más leve cambio en ese nombre significa una desubicación tal vez definitiva del personaje), es quien se asocia de inmediato a prócer cubano, insignia de ese país, influencia absoluta de la oficialidad revolucionaria (Fidel Castro y compañía), mártir entregado de lleno a la Revolución cubana, llamado incluso «apóstol» por muchos que lo conciben sobre todo como propagador de las causas de la liberación y de la bondad, autor de verdaderos manifiestos políticos producto de su fe y de su convicción absolutos, y (pero no finalmente) muerto en una batalla (¿en la primera batalla?, como Camilo Torres, hombres que caen muertos rápidamente, sobre todo, por la impericia propia de quienes estaban para otras cosas muy distintas de la estúpida guerra) apenas a los 42 años, en la que, inmerso en una guerra que en buena parte lideraba, luchaba por la emancipación de la isla.

Entonces es difícil asimilar al nombre de José Martí un lenguaje literario de gran calado, una prosa suelta y plácida y gustosa y personalísima de ensayista, por ejemplo, como la que muestra aquí, hablando de la América india sin las exageraciones y sin los «permisos» que tanto abundan en los panegíricos americanistas al uso; o de un escritor y un artista como Óscar Wilde, en apariencia tan distinto a lo que se presume que son los gustos de un guerrero —como se supone también que es Martí—, a quien enaltece en sus gigantes proporciones de esteta, de creador, de poeta, hasta de figurín (cita a Wilde en una de sus conferencias en Estados Unidos, y luego suscribe sus palabras: «A eso venimos los estetas: a mostrar a los hombres la utilidad de amar la belleza, a excitar al estudio de los que la han cultivado, a avivar el gusto por lo perfecto, y el aborrecimiento de toda fealdad» o «Lo que es bello vive siempre»); o hablando de las casas, literalmente, y nos da un paseo por la historia de esos decisivos espacios, de los gustos y las necesidades que cambian con el transcurso del tiempo, hasta llegar a ser asunto, también, estético, de adornos y de detalles que conforman la vida en distintas épocas, desde las más remotas hasta las más recientes, las de la modernidad. Y publicó este último texto en una revista infantil! en Estados Unidos, lo cual nos dice claramente la estatura intelectual y literaria de quien hablamos.

4

¡Quién lo creyera!, un combatiente como José Martí metido en asuntos de «tan poca monta» como las ideas estéticas y los vestidos que acostumbraba Wilde o la forma de las casas que habitamos o la importancia de Émerson («Su mente era sacerdotal; su ternura, angélica; su cólera, sagrada. Cuando vio hombres esclavos, y pensó en ellos, habló de modo que pareció que sobre las faldas de un nuevo monte bíblico se rompían de nuevo en pedazos las Tablas de la Ley. [...] Toda su prosa es verso. Y su verso y su prosa son como ecos») o la de Whitman («Hay que estudiarlo, porque si no es el poeta de mejor gusto, es el más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo») o de Nueva York... pero de «Nueva York bajo la nieve». En fin.

Por todo ello entendemos que José Martí fue un ser humano excepcional, de carne y hueso, provisto de una inteligente y rica sensibilidad hacia las cosas bellas de la vida, hacia el arte y hacia la palabra, autor él mismo de una obra poética y de cantos infantiles. Autor de lúcidos ensayos que, ante todo, se proponían despertar el gusto por la lectura y por la apreciación literaria; aquello, justamente, que nunca podrán hacer quienes albergan los mezquinos sentimientos políticos del poder. Aquellos que a la libertad la invocan solo en discursos demagógicos llenos de mentiras y carentes en absoluto de creación, de imaginación.

Luis Germán Sierra J.



La historia del hombre contada por sus casas¹

José Martí

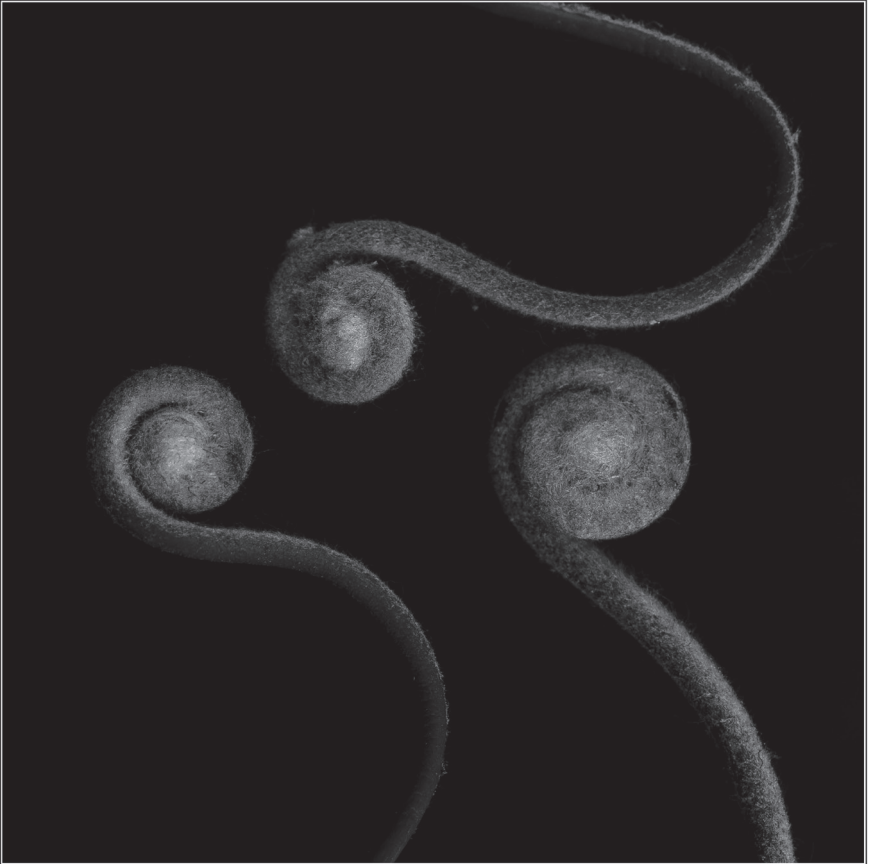
Ahora la gente vive en casas grandes, con puertas y ventanas, y patios enlosados, y portales de columnas: pero hace muchos miles de años los hombres no vivían así, ni había países de sesenta millones de habitantes, como hay hoy. En aquellos tiempos no había libros que contasen las cosas: las piedras, los huesos, las conchas, los instrumentos de trabajar son los que enseñan cómo vivían los hombres de antes. Eso es lo que se llama «Edad de Piedra», cuando los hombres vivían casi desnudos, o vestidos con pieles, peleando con las fieras del bosque, escondidos en las cuevas de la montaña, sin saber que en el mundo había cobre ni hierro, allá en los tiempos que llaman «paleolíticos»: ¡palabra larga esta de «paleolíticos»! Ni la piedra sabían entonces los hombres cortar: luego empezaron a darle figura, con unas

¹ Este texto apareció en *La Edad de Oro* (vol. 1, núm. 2, agosto de 1889), la revista para niños fundada y escrita totalmente por Martí en Nueva York. Es un precioso ejemplo de la capacidad del escritor para adaptar el tono de su voz y su estilo a oídos infantiles.

hachas de pedernal afilado, y esa fue la edad nueva de piedra, que llaman «neolítica»: *neo*, nueva, *lítica*, de piedra: *paleo*, por supuesto, quiere decir viejo, antiguo. Entonces los hombres vivían en las cuevas de la montaña, donde las fieras no podían subir, o se abrían un agujero en la tierra, y le tapaban la entrada con una puerta de ramas de árbol; o hacían con ramas un techo donde la roca estaba como abierta en dos; o clavaban en el suelo tres palos en pico, y los forraban con las pieles de los animales que cazaban: grandes eran entonces los animales, grandes como montes. En América no parece que vivían así los hombres de aquel tiempo, sino que andaban juntos en pueblos, y no en familias sueltas: todavía se ven las ruinas de los que llaman los «terrapleneros», porque fabricaban con tierra unos paredones en figura de círculo, o de triángulo, o de cuadrado, o de cuatro círculos unos dentro de otros: otros indios vivían en casas de piedra que eran como pueblos, y las llamaban las casas-pueblos, porque allí hubo hasta mil familias a la vez, que no entraban a la casa por puertas, como nosotros, sino por el techo, como hacen los indios zuñis: en otros lugares hay casas de cantos en los agujeros de las rocas, adonde subían agarrándose de unas cortaduras abiertas a pico en la piedra, como una escalera. En todas partes se fueron juntando las familias para defenderse, y haciendo ciudades en las rocas, o en medio de los lagos, que es lo que llaman ciudades lacustres, porque están sobre el agua las casas de troncos de árbol, puestas sobre pilares clavados en lo hondo, o sujetos con piedras al pie, para que el peso tuviese a flote las casas: y a veces juntaban con vigas unas casas con otras, y les ponían alrededor una palizada para defenderse de los vecinos que venían a pelear, o de los animales del monte: la cama era de yerba seca, las tazas eran de madera, las mesas y los asientos eran troncos de árboles. Otros ponían de punta en medio de un bosque tres piedras grandes, y una chata encima, como techo, con una cerca de piedras, pero estos dólmenes no eran para vivir, sino para enterrar sus muertos, o para ir a oír a los viejos y los sabios cuando cambiaba la estación, o había guerra, o tenían que elegir rey: y para recordar cada cosa de

estas, clavaban en el suelo una piedra grande, como una columna que llamaban «menhir» en Europa, y que los indios mayas llaman «katún»; porque los mayas de Yucatán no sabían que del otro lado del mar viviera el pueblo galo, en donde está Francia ahora, pero hacían lo mismo que los galos, y que los germanos, que vivían donde está ahora Alemania. Estudiando se aprende eso: que el hombre es el mismo en todas partes, y aparece y crece de la misma manera, y hace y piensa las mismas cosas, sin más diferencia que la de la tierra en que vive, porque el hombre que nace en tierra de árboles y de flores piensa más en la hermosura y el adorno, y tiene más cosas que decir, que el que nace en una tierra fría, donde ve el cielo oscuro y su cueva en la roca, y otra cosa se aprende, y es que donde nace el hombre salvaje, sin saber que hay ya pueblos en el mundo, empieza a vivir lo mismo que vivieron los hombres de hace miles de años. Junto a la ciudad de Zaragoza, en España, hay familias que viven en agujeros abiertos en la tierra del monte; en Dakota, en los Estados Unidos, los que van a abrir el país viven en covachas, con techos de ramas, como en la edad neolítica; en las orillas del Orinoco, en la América del Sur, los indios viven en ciudades lacustres, lo mismo que las que había hace cientos de siglos en los lagos de Suiza; el indio norteamericano le pone a rastras a su caballo los tres palos de su tipi, que es una tienda de pieles, como la que los hombres neolíticos levantaban en los desiertos; el negro de África hace hoy su casa con las paredes de tierra, y el techo de ramas, lo mismo que el germano de antes, y deja alto el quicio como el germano lo dejaba, para que no entrasen las serpientes. No es que hubo una Edad de Piedra, en que todos los pueblos vivían a la vez del mismo modo; y luego otra de bronce, cuando los hombres empezaron a trabajar el metal, y luego otra Edad de Hierro. Hay pueblos que viven, como Francia ahora, en lo más hermoso de la Edad de Hierro, con su torre Eiffel que se entra por las nubes; y otros pueblos que viven en la Edad de Piedra, como el indio que fabrica su casa en las ramas de los árboles, y con su lanza de pedernal sale a matar los pájaros del bosque y a ensartar en el aire los

peces voladores del río. Pero los pueblos de ahora crecen más de prisa, porque se juntan con los pueblos más viejos, y aprenden con ellos lo que no saben; no como antes, que tenían que ir poco a poco descubriéndolo todo ellos mismos. La Edad de Piedra fue al empezar a vivir, que los hombres andaban errantes huyendo de los animales, y vivían hoy acá y mañana allá, y no sabían que eran buenos de comer los frutos de la tierra. Luego los hombres encontraron el cobre, que era más blando que el pedernal, y el estaño, que era más blando que el cobre, y vieron que con el fuego se le sacaba el metal a la roca, y que con el estaño y cobre juntos se hacía un metal nuevo, muy bueno para hachas y lanzas y cuchillos, y para cortar la piedra. Cuando los pueblos empiezan a saber cómo se trabaja el metal, y a juntar el cobre con el estaño, entonces están en su Edad de Bronce. Hay pueblos que han llegado a la Edad de Hierro sin pasar por la de Bronce, porque el hierro es el metal de su tierra, y con él empezaron a trabajar, sin saber que en el mundo había cobre ni estaño. Cuando los hombres de Europa vivían en la Edad de Bronce ya hicieron casas mejores, aunque no tan labradas y perfectas como las de los peruanos y los mexicanos de América, en quienes estuvieron siempre juntas las dos edades, porque siguieron trabajando con pedernal cuando ya tenían sus minas de oro, y sus templos con soles de oro como el cielo, y sus huacas, que eran los cementerios de Perú, donde ponían a los muertos con las prendas y los jarros que usaban en vida. La casa del indio peruano era de mampostería, y de dos pisos, con las ventanas muy en alto, y las puertas más anchas por debajo que por la cornisa, que solía ser de piedra tallada, de trabajo fino. El mexicano no hacía su casa tan fuerte, sino más ornada, como en país donde hay muchos árboles y pájaros. En el techo había como escalones, donde ponían las figuras de sus santos, como ahora ponen muchos en los altares figuras de niños, y piernas y brazos de plata; adornaban las paredes con piedras labradas, y con fajas como de cuentas o de hilos trenzados, imitando las grecas y fimbrias que les bordaban sus mujeres en las túnicas: en las salas de adentro labraban las cabezas de las vigas, figurando



sus dioses, sus animales o sus héroes, y por fuera ponían en las esquinas unas canales de curva graciosa, como imitando plumas. De lejos brillaban las casas con el sol, como si fueran de plata.

En los pueblos de Europa es donde se ven más claras las tres edades, y mejor mientras más al Norte, porque allí los hombres vivieron solos, cada uno en su pueblo, por siglos de siglos, y como empezaron a vivir por el mismo tiempo, se nota que, aunque no se conocían unos a otros, iban adelantando del mismo modo. La tierra va echando capas conforme van pasando siglos: la tierra es como un pastel de hojaldres, que tiene muchas capas una sobre otra, capas de piedra dura, y a veces viene de adentro, de lo hondo del mundo, una masa de roca que rompe las capas acostadas, y sale al aire libre, y se queda por encima de la tierra, como un gigante regañón, o como una fiera enojada, echando por el cráter humo y fuego: así se hacen los montes y los volcanes. Por esas capas de la tierra es por donde se sabe cómo ha vivido el hombre, porque en cada una hay enterrados huesos de él y restos de los animales y árboles de aquella edad, y vasos y hachas; y comparando las capas de un lugar con las de otro se ve que los hombres viven en todas partes casi del mismo modo en cada edad de la tierra: solo que la tierra tarda mucho en pasar de una edad a otra, y en echarse una capa nueva, así sucede lo de los romanos y los bretones de Inglaterra en tiempo de Julio César, que cuando los romanos tenían palacios de mármol con estatuas de oro, y usaban trajes de lana muy fina, la gente de Bretaña vivía en cuevas, y se vestía con las pieles salvajes, y peleaba con mazas hechas de los troncos duros.

En esos pueblos viejos sí se puede ver cómo fue adelantando el hombre, porque después de las capas de la Edad de Piedra, donde todo lo que se encuentra es de pedernal, vienen las otras capas de la Edad de Bronce, con muchas cosas hechas de la mezcla del cobre y el estaño, y luego vienen las capas de arriba, las de los últimos tiempos, que llaman la edad de hierro, cuando el hombre aprendió que el hierro se ablandaba al fuego fuerte, y que con el hierro blando podía hacer martillos para

romper la roca, y lanzas para pelear, y picos y cuchillas para trabajar la tierra; entonces es cuando ya se ven casas de piedra y de madera, con patios y cuartos, imitando siempre los cascos de rocas puestas unas sobre otras sin mezcla ninguna, o las tiendas de pieles de sus desiertos y llanos; lo que sí se ve es que desde que vino al mundo le gustó al hombre copiar en dibujo las cosas que veía, porque hasta las cavernas más oscuras donde habitaron las familias salvajes están llenas de figuras talladas o pintadas en la roca, y por los montes y las orillas de los ríos se ven manos, y signos raros y pinturas de animales, que ya estaban allí desde hacía muchos siglos cuando vinieron a vivir en el país los pueblos de ahora. Y se ve también que todos los pueblos han cuidado de enterrar a los muertos con gran respeto y han fabricado monumentos altos como para estar más cerca del cielo, como nosotros hacemos ahora con las torres. Los terrapleneros hacían montañas de tierra, donde sepultaban los cadáveres; los mexicanos ponían sus templos en la cumbre de unas pirámides muy altas; los peruanos tenían su «chulpa» de piedra, que era una torre ancha por arriba, como un puño de bastón: en la isla de Cerdeña hay unos torreones que llaman «nuragh», que nadie sabe de qué pueblo eran; y los egipcios levantaron con piedras enormes sus pirámides, y con el pórvido más duro hicieron sus obeliscos famosos, donde escribían su historia con los signos que llaman «jeroglíficos».

Ya los tiempos de los egipcios empiezan a llamarse «tiempos históricos», porque se puede escribir su historia con lo que se sabe de ellos: esos otros pueblos de las primeras edades se llaman pueblos «prehistóricos», de antes de la historia, o pueblos primitivos. Pero la verdad es que en esos mismos pueblos históricos hay todavía mucho prehistórico, porque se tiene que ir adivinando para ver dónde y cómo vivieron. ¿Quién sabe cuándo fabricaron los quechuas sus acueductos y sus caminos y sus calzadas en el Perú; ni cuándo los chibchas de Colombia empezaron a hacer sus dijes y sus jarros de oro; ni qué pueblo vivió en Yucatán antes que los mayas que encontraron allí los españoles; ni de dónde vino la raza desconocida que levantó

los terraplenes y las casas-pueblos en la América del Norte? Casi lo mismo sucede con los pueblos de Europa; aunque allí se ve que los hombres aparecieron a la vez, como nacidos de la tierra, en muchos lugares diferentes; pero que donde había menos frío y era más alto el país fue donde vivió primero el hombre: y como que allí empezó a vivir, allí fue donde llegó más pronto a saber, y a descubrir los metales, y a fabricar, y de allí, con las guerras, y las inundaciones, y el deseo de ver el mundo, fueron bajando los hombres por la tierra y el mar. En lo más elevado y fértil del continente es donde se civilizó el hombre trasatlántico primero. En nuestra América sucede lo mismo: en las altiplanicies de México y de Perú, en los valles altos y de buena tierra, fue donde tuvo sus mejores pueblos el indio americano. En el continente trasatlántico parece que Egipto fue el pueblo más viejo, y de allí fueron entrando los hombres por lo que se llama ahora Persia y Asia Menor, y vinieron a Grecia, buscando la libertad y la novedad, y en Grecia levantaron los edificios más perfectos del mundo, escribieron los libros más bien compuestos y hermosos. Había pueblos nacidos en todos estos países, pero los que venían de los pueblos viejos sabían más, y los derrotaban en la guerra, o les enseñaban lo que sabían, y se juntaban con ellos. Del norte de Europa venían otros hombres más fuertes, hechos a pelear con las fieras y a vivir en el frío; y de lo que se llama ahora Indostán salió huyendo, después de una gran guerra, la gente de la montaña, y se juntó con los europeos de las tierras frías, que bajaron luego del Norte a pelear con los romanos, porque los romanos habían ido a quitarles su libertad, y porque era gente pobre y feroz, que le tenía envidia a Roma, porque era sabia y rica, y como hija de Grecia. Así han ido viajando los pueblos en el mundo, como las corrientes van por la mar, y por el aire los vientos.

Egipto es como el pueblo padre del continente trasatlántico: el pueblo más antiguo de todos aquellos países «clásicos». Y la casa del egipcio es como su pueblo fue, graciosa y elegante. Era riquísimo el Egipto, como que el gran río Nilo crecía todos los años, y con el barro que dejaba al secarse nacían muy bien las

siembras: así que las casas estaban como en alto, por miedo a las inundaciones. Como allá hay muchas palmeras, las columnas de las casas eran finas y altas, como las palmas; y encima del segundo piso tenían otro sin paredes, con un techo chato, donde pasaban la tarde al aire fresco, viendo el Nilo lleno de barcos que iban y venían con sus viajeros y sus cargas, y el cielo de la tarde, que es de color de oro y azafrán. Las paredes y los techos están llenos de pinturas de su historia y religión; y les gustaba el color tanto, que hasta la estera con que cubrían el piso era de hebras de colores diferentes.

Los hebreos vivieron como esclavos en Egipto mucho tiempo, y eran los que mejor sabían hacer ladrillos. Luego, cuando su libertad, hicieron sus casas con ladrillos crudos, como nuestros adobes, y el techo era de vigas de sicomoro, que es su árbol querido. El techo tenía un borde como las azoteas, porque con el calor subía la gente allí a dormir, y la ley mandaba que fabricasen los techos con muro para que no cayese la gente a tierra. Solían hacer sus casas como el templo que fabricó su gran rey Salomón, que era cuadrado, con las puertas anchas de abajo y estrechas por la cornisa, y dos columnas al lado de la puerta.

Por aquellas tierras vivían los asirios, que fueron pueblo guerrador, que les ponía a sus casas torres, como para ver más de lejos al enemigo, y las torres eran de almenas, como para disparar el arco desde seguro. No tenían ventanas, sino que les venía la luz del techo. Sobre las puertas ponían a veces piedras talladas con alguna figura misteriosa, como un toro con cabeza de hombre, o una cabeza con alas.

Los fenicios fabricaron sus casas y monumentos con piedras sin labrar que ponían unas sobre otras como los etruscos; pero como era gente navegante, que vivía del comercio, empezaron pronto a imitar las casas de los pueblos que veían más, que eran los hebreos y los egipcios, y luego las de los persas, que conquistaron en guerra el país de Fenicia. Y así fueron sus casas con la entrada hebrea, y la parte alta como las casas de Egipto, o como las de Persia.

Los persas fueron pueblo de mucho poder, como que hubo tiempo en que todos esos pueblos de los alrededores vivían como esclavos suyos. Persia es tierra de joyas: los vestidos de los hombres, las mantas de los caballos, los puños de los sables, todo está allí lleno de joyas. Usan mucho del verde, del rojo y del amarillo. Todo les gusta de mucho color, y muy brillante y esmaltado. Les gustan las fuentes, los jardines, los velos de hilo de plata, la pedrería fina. Todavía hoy son así los persas; y ya en aquellos tiempos eran sus casas de ladrillos de colores, pero no de techo chato como la de los egipcios y los hebreos, sino con una cúpula redonda, como imitando la bóveda del cielo. En un patio estaba el baño, en que echaban olores muy finos; y en las casas ricas había patios cuadrados, con muchas columnas alrededor, y en medio una fuente, entre jarrones de flores. Las columnas eran de muchos trozos y dibujos, pintados de colores, con fajas y canales, y el capitel hecho con cuerpos de animales, de pecho verde y collar de oro.

16 Junto a Persia está Indostán, que es de los pueblos más viejos del mundo, y tiene templos de oro, trabajados como trabajan en las platerías la filigrana, y otros templos cavados en la roca, y figuras de su dios Buda cortadas a pico en la montaña. Sus templos, sus sepulcros, sus palacios, sus casas, son como su poesía, que parece escrita con colores sobre marfil, y dice las cosas como entre hojas y flores. Hay un templo en el Indostán que tiene catorce pisos, como la pagoda de Tanjore, y está todo labrado, desde los cimientos hasta la cúpula. Y la casa de los hindúes de antes era como las pagodas de Lahore o las de Cachemira, con los techos y balcones muy adornados y con muchas vueltas, y a la entrada la escalinata sin baranda. Otras casas tenían torreones en la esquina, y el terrado como los egipcios, corrido y sin las torres. Pero lo hermoso de las casas hindúes era la fantasía de los adornos, que son como un trenzado que nunca se acaba, de flores y de plumas.

En Grecia no era así, sino todo blanco y sencillo, sin lujos de colorines. En la casa de los griegos no había ventanas, porque para el griego fue siempre la casa un lugar sagrado, donde



no debía mirar el extranjero. Eran las casas pequeñas, como sus monumentos, pero muy lindas y alegres, con su rosal y su estatua a la puerta, y dentro el corredor de columnas, donde pasaba los días la familia, que solo en la noche iba a los cuartos reducidos y oscuros. El comedor y el corredor era lo que amueblaban, y eso con pocos muebles; en las paredes ponían en nichos sus jarros preciosos; las sillas tenían filetes tallados, como los que solían ponerles a las puertas, que eran anchas de abajo y con la cornisa adornada de dibujos de palmas y madre-selvas. Dicen que en el mundo no hay edificio más bello que el Partenón, como que allí no están los adornos por el gusto de adornar, que es lo que hace la gente ignorante con sus casas y vestidos, sino que la hermosura viene de una especie de música que se siente y no se oye, porque el tamaño está calculado de manera que venga bien con el color, y no hay cosa que no sea precisa, ni adorno sino donde no pueda estorbar. Parece que tienen alma las piedras de Grecia. Son modestas y como amigas del que la ve. Se entran como amigas por el corazón. Parece que hablan.

Los etruscos vivieron al norte de Italia, en sus doce ciudades famosas, y fueron un pueblo original que tuvo su gobierno y su religión, y un arte parecido al de los griegos, aunque les gustaba más la burla y la extravagancia, y usaban mucho color. Todo lo pintaban, como los persas; y en las paredes de sus sepulturas hay caballos con la cabeza amarilla y la cola azul. Mientras fueron república libre, los etruscos vivían dichosos, con maestros muy buenos de medicina y astronomía, y hombres que hablaban bien de los deberes de la vida y de la composición del mundo. Era célebre Etruria por sus sabios, y por sus jarros de barro negro, con figuras de relieve, y por sus estatuas y sarcófagos de tierra cocida, y por sus pinturas en los muros, y sus trabajos en metal. Pero con la esclavitud se hicieron viciosos y ricos, como sus dueños los romanos. Vivían en palacios, y no en sus casas de antes; y su gusto mayor era comer horas enteras acostados. La casa etrusca de antes era de un piso, con un terrado de baranda, y el techo de aleros caídos. Pintaban en las paredes sus fiestas y

sus ceremonias, con retratos y caricaturas, y sabían dibujar sus figuras como si se las viera en movimiento.

La casa de los romanos fue primero como la de los etruscos, pero luego conocieron a Grecia, y la imitaron en sus casas, como en todo. El atrio al principio fue la casa entera, y después no era más que el portal, de donde se iba por un pasadizo al patio interior, rodeado de columnas, adonde daban los cuartos ricos del señor; que para cada cosa tenía un cuarto diferente; el cuarto de comer daba al corredor, lo mismo que la sala y el cuarto de la familia, que por el otro lado abría sobre un jardín. Adornaban las paredes con dibujos y figuras de colores brillantes, y en los recodos había muchos nichos con jarras y estatuas. Si la casa estaba en calle de mucha gente, hacían cuartos con puerta a la calle, y los alquilaban para tiendas. Cuando la puerta estaba abierta se podía ver hasta el fondo del jardín. El jardín, el patio y el atrio tenían alrededor, en muchas casas, una arquería. Luego Roma fue dueña de todos los países que tenía alrededor, hasta que tuvo tantos pueblos que no los pudo gobernar, y cada pueblo se fue haciendo libre y nombrando su rey, que era el guerrero más poderoso de todos los del país, y vivía en su castillo de piedra, con torres y portalones, como todos los que llamaban «señores» en aquel tiempo de pelear; y la gente de trabajo vivía alrededor de los castillos, en casuchas infelices. Pero el poder de Roma había sido muy grande, y en todas partes había puentes y arcos y acueductos y templos como los de los romanos; solo que por el lado de Francia, donde había muchos castillos iban haciendo las fábricas nuevas, y las iglesias, sobre todo, como si fueran a la vez fortalezas y templos, que es lo que llaman «arquitectura románica», y del lado de los persas y de los árabes por donde está ahora Turquía, les ponían a los monumentos tanta riqueza y color que parecían las iglesias cuevas de oro por lo grande y lo resplandeciente; de modo que cuando los pueblos nuevos del lado de Francia empezaron a tener ciudades, las casas fueron de portales oscuros y de muchos techos de pico, como las iglesias románicas; y del lado de Turquía eran las casas como palacio, con las columnas

de piedras ricas, y el suelo de muchas piedrecitas de color, y las pinturas de la pared con el fondo de oro, y los cristales dorados; había barandas en las casas bizantinas hechas con una mezcla de todos los metales, que lucía como fuego; era feo y pesado tanto adorno en las casas, que parecen sepulturas de hombre vanidoso, ahora que están vacías.

En España habían mandado también los romanos; pero los moros vinieron luego a conquistar, y fabricaron aquellos templos suyos que llaman mezquitas, y aquellos palacios que parecen cosa de sueño, como si ya no se viviese en el mundo, sino en otro mundo de encaje y de flores: las puertas eran pequeñas, pero con tantos arcos que parecían grandes; las columnas delgadas sostenían los arcos de herradura, que acababan en pico, como abriéndose para ir al cielo; el techo era de madera fina, pero todo tallado, con sus letras moras y sus cabezas de caballos; las paredes estaban cubiertas de dibujos, lo mismo que una alfombra; en los patios de mármol había laureles y fuentes; parecían como el tejido de un velo aquellos balcones.

Con las guerras y las amistades se fueron juntando aquellos pueblos diferentes, y cuando ya el rey pudo más que los señores de los castillos, y todos los hombres creían en el cielo nuevo de los cristianos, empezaron a hacer las iglesias «góticas» con sus arcos de pico, y sus torres como agujas que llegaban a las nubes, y sus pórticos bordados, y sus ventanas de colores. Y las torres cada vez más altas, porque cada iglesia quería tener su torre más alta que las otras; y las casas las hacían así también, y los muebles. Pero los adornos llegaron a ser muchos, y los cristianos empezaron a no creer en el cielo tanto como antes. Hablaban mucho de lo grande que fue Roma; celebraban el arte griego por sencillo; decían que ya eran muchas las iglesias; buscaban modos nuevos de hacer los palacios; y de todo eso vino una manera de fabricar parecida a la griega, que es lo que llaman arquitectura del «Renacimiento», pero como en el arte gótico de la «ojiva» había mucha beldad, ya no volvieron a hacer las casas de tanta sencillez, sino que las adornaron con las esquinas graciosas, las ventanas altas y los balcones elegantes de la arquitectura gótica.

Eran tiempos de arte y riqueza, y de grandes conquistas, así que había muchos señores y comerciantes con palacio. Nunca habían vivido los hombres, ni han vuelto a vivir, en casas tan hermosas. Los pueblos de otras razas, donde se sabe poco de los europeos, peleaban por su cuenta o se hacían amigos y se aprendían su arte especial unos de otros, de modo que se ve algo de pagoda hindú en todo lo de Asia, y hay picos como los de los palacios de Lahore en las casas japonesas, que parecen cosa de aire y de encanto, o casitas de jugar con sus corredores de barandas finas y sus paredes de mimbre o de estera. Hasta en la casa del eslavo y del ruso se ven las curvas revueltas y los techos de punta de los pueblos hindúes. En nuestra América las casas tienen algo de romano y de moro, porque moro y romano era el pueblo español que mandó en América, y echó abajo las casas de los indios, las echó abajo de raíz; echó abajo sus templos, sus observatorios, sus torres de señales, sus casas de vivir, todo lo indio lo quemaron los conquistadores españoles y lo echaron abajo, menos las calzadas, porque no sabían llevar las piedras que supieron traer los indios, y los acueductos, porque les traían el agua de beber.

Ahora todos los pueblos del mundo se conocen mejor y se visitan: y en cada pueblo hay su modo de fabricar, según haya frío o calor, o sean de una raza o de otra; pero lo que parece nuevo en las ciudades no es su manera de hacer cosas, sino que en cada ciudad hay casas moras, y griegas, y góticas, y bizantinas, y japonesas, como si empezara el tiempo feliz en que los hombres se tratan como amigos, y se van juntando.

Tomado de Martí, José. *Ensayos y crónicas*. Ediciones Cátedra, Madrid, 2004, pp. 298-309.



Nuestra América²

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormido engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos:³ las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

2 Este ensayo fue publicado originariamente en *La Revista Ilustrada de Nueva York* el 1 de enero de 1891, y reproducido poco después en *El Partido Liberal*, de México, el 31 de ese mismo mes y año. Junto al discurso conocido bajo el rótulo de «Madre América», son dos las piezas que de manera más concisa y comprensiva recogen la proyección y las inquietudes americanistas del pensamiento martiano frente a las amenazas de la expansión de los Estados Unidos. El título de este texto ha venido a quedar como la designación más entrañable del mundo iberoamericano para sus integrantes.

3 *Juan de Castellanos*: establecido en distintos lugares de América desde muy joven, el sacerdote y poeta español Juan de Castellanos (1522-1607) escribió en verso las extensísimas Elegías de varones ilustres de Indias (1589), interesantes por los numerosos datos sobre la vida y la historia americana del siglo xvi que aportan.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del Juicio Final, a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos que quieren los dos la misma tierra, o el de la casa chica que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron con el sable tinto en sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido,⁴ del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas de honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz o la tundan y talen las tempestades. ¡Los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

24

A los sietemesinos solo les faltará el valor. Los que no tienen la fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América que se

4 *Del hermano vencido*: posible alusión a las apropiaciones violentas de tierras vecinas entre los nuevos países hispanoamericanos, después de obtenida la independencia de España.

avergüenzan, porque lleva delantal indio, de la madre que los crio, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues ¿quién es el hombre? ¿El que se queda con la madre a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel?

¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra, ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos «increíbles» del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa,⁵ danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

¿Ni en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con

⁵ *Los increíbles de la Revolución francesa*: se dio este nombre, hacia los tiempos del Directorio en 1798, a ciertos jóvenes que vestían, gesticulaban y hablaban con una excesiva afectación, y a quienes gustaban de la vida social elegante.

leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hámilton⁶ no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès⁷ no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno y acata y premia la inteligencia superior, mientras esta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder, y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías

6 *Hámilton*: Alexander Hámilton (1757-1804), hombre de estado norteamericano que participó en la guerra de independencia; Y después de esta se destacó en la administración pública como secretario o ministro del Tesoro.

7 *Sieyès*: Emmanuel-Joseph Sieyès (1748-1836), hombre de estado y publicista francés, que intervino en la redacción de la Declaración de los Derechos del Hombre y de la Constitución francesa de 1791.

su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages, porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema, después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país y gobernarlo conforme al conocimiento es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras

repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuello pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer⁸ alzan en México la República en hombros de indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centroamérica contra España al general de España.⁹ Con los hábitos monárquicos y el sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza,

8 *Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer*: referencia al sacerdote y revolucionario mexicano Miguel Hidalgo (1753-1811), que en el pequeño pueblo de Dolores dio el 15 de septiembre de 1810 el grito de rebeldía que inició la guerra de liberación de México. La mujer aludida es Josefina Ortiz de Domínguez (m. en 1829), esposa de don Manuel Domínguez, corregidor de Querétaro, a quien ella convirtió a la causa de la independencia. El poeta mexicano modernista Manuel Gutiérrez Nájera le dedicó una de sus más conocidas composiciones: «A la corregidora».

9 *Un canónigo español... al general de España*: el canónigo aludido es José Manuel Castilla, liberal español que impulsó a El Salvador a declarar su independencia; *el general de España* es el brigadier Gabino Gaínza, quien aceptó el mando político y militar del gobierno independiente de Guatemala. Ambos hechos ocurrieron el 15 de septiembre de 1821.



en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota-de-potro, o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada a la voz del salvador con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente, descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón: la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de uno sobre la campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

30

Con los oprimidos había que hacer causa común para afianzar el sistema opuesto a los intereses y los hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república, y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros —de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborígen— por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero «estos países se salvarán», como anunció Rivadavia,¹⁰ el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos; al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con lanzón se puede echar el lanzón atrás, porque se enoja, y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide «a que le hagan emperador al rubio».¹¹ Estos países se salvarán, porque con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la naturaleza en el continente de la luz y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar a sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha¹² en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio, en ir haciendo lado al negro suficiente, en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba

10 *Rivadavia*: Bernardino Rivadavia (1780-1845), hombre de ideas progresistas que fue presidente de la República Argentina en un breve lapso de tiempo (1826-1827).

11 «*A que le hagan emperador al rubio*»: en 1822, el mismo pueblo mexicano exigió al Congreso del país, ya liberado de España, que declarase emperador al general mexicano Agustín Iturbide, quien gobernó en calidad de tal y bajo el nombre de Agustín I durante diez meses.

12 *Vincha*: pañuelo que usan los indios en la frente.

al cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza, coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo ni el libro yanqui daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos y se saludan. «¿Cómo somos?», se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar¹³ un problema, no va a buscar la solución a Dantzig.¹⁴ Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado y que la solución está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano, y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendidija, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud, pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzados en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando por las venas, la sangre natural del país!

¹³ *Cojímar*: pequeño pueblo costero en el norte de la provincia cubana de La Habana.

¹⁴ *Dantzig*: puerto europeo en la costa del mar Báltico. Por mucho tiempo fue «Ciudad Libre» de Europa, y pertenece actualmente a Polonia.

En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca¹⁵ y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de ideas. Los gobernadores en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez¹⁶ paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero a una pompa de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre acaso nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y solo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más

15 *Zorrillesca*: alusión al estilo enfático del poeta romántico español José Zorrilla (1817-1893).

16 *Juárez*: el gran estadista liberal mexicano Benito Juárez (1806-1872), que fue el más insigne y progresista presidente de la República de México en el siglo xix, era de origen indígena y humilde. El resto de la frase, en el texto, alude metafóricamente y por contraste al pomposo y largo gobierno dictatorial de Porfirio Díaz (que ocupó todo el final del siglo xix y la primera década del xx, hasta precipitar la Revolución Mexicana de 1910).

puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril, o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada solo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América, y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles, y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y color. Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación

del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara percederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente porque no habla nuestro idioma ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo al Magallanes¹⁷, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí¹⁸ por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

Tomado de Martí, José. *Ensayos y crónicas*. Ediciones Cátedra, Madrid, 2004, pp. 157-168.

17 *Del Bravo al Magallanes*: vale decir: de uno a otro extremo de la América hispana. Río Bravo del Norte nace en Colorado (Estados Unidos), atraviesa Nuevo México y Texas, y desemboca en el Golfo de México. Magallanes es el nombre del estrecho meridional de América del Sur, llamado así por su descubridor, el explorador Hernando de Magallanes.

18 *Gran Semí*: entre los indios antillanos precolombinos, el Semí era una divinidad en la cual encarnaban las fuerzas todas de la naturaleza.



Óscar Wilde¹⁹

Vivimos, los que hablamos lengua castellana, llenos todos de Horacio y de Virgilio y parece que las fronteras de nuestro espíritu son las de nuestro lenguaje. ¿Por qué nos han de ser fruta casi vedada las literaturas extranjeras, tan sobradas hoy de ese ambiente natural, fuerza sincera y espíritu actual que falta en la moderna literatura española? Ni la huella que en Núñez de Arce ha dejado Byron, ni la que los poetas alemanes imprimieran en Campoamor y Bécquer, ni una que otra traducción pálida de alguna obra alemana o inglesa, bastan para darnos idea de la literatura de los eslavos, los germanos y los sajones, cuyos poemas tienen a la vez del cisne níveo, de los castillos derruidos, de las robustas mozas que se asoman a su balcón lleno de flores, y de la luz plácida y mística de las auroras boreales.

Conocer diversas literaturas es el medio mejor de libertarse de la tiranía de algunas de ellas; así como no hay manera de

19 El escritor irlandés Óscar Wilde (1854-1900), que llegó a ser la figura más destacada del esteticismo inglés de finales del siglo xix, realizó una gira de conferencias por Canadá y los Estados Unidos entre 1881 y 1882. A una de ellas, ofrecida en la ciudad de Nueva York, asistió Martí, y le dio tema para esta pieza publicada originalmente en *El Almendares* (La Habana), en enero de 1882, y reproducida después en *La Nación* (Buenos Aires) el 10 de diciembre del mismo año.

salvarse del riesgo de obedecer ciegamente a un sistema filosófico, sino nutrirse de todos y ver cómo en todos palpita un mismo espíritu, sujeto a semejantes accidentes, cualesquiera que sean las formas de que la imaginación humana, vehemente o menguada, según los climas, haya revestido esa fe en lo inmenso y esa ansia de salir de sí y esa noble inconformidad con ser lo que es, que generan todas las escuelas filosóficas.

He aquí a Óscar Wilde: es un joven sajón que hace excelentes versos. Es un cismático en el arte, que acusa al arte inglés de haber sido cismático en la iglesia del arte hermoso universal. Es un elegante apóstol, lleno de fe en su propaganda y de desdén por los que se la censuran, que recorre en estos instantes los Estados Unidos, diciendo en blandas y discretas voces cómo le parecen abominables los pueblos que, por el culto de su bienestar material, olvidan el bienestar del alma que aligera tanto los hombros humanos de la pesadumbre de la vida, y predispone gratamente al esfuerzo y al trabajo. Embellecer la vida es darle objeto. Salir de sí es indomable anhelo y hace bien a los hombres quien procura hermosear su existencia, de modo que vengan a vivir contentos con estar en sí. Es como mellar el pico del buitre que devora a Prometeo. Tales cosas dice, aunque no acierte tal vez a darles esa precisión ni a ver todo ese alcance, el rebelde hombre que quiere sacudirse de sus vestidos de hombre culto, la huella oleosa y el polvillo de carbón que ennegrece el cielo de las ciudades inglesas, sobre las que el sol brilla entre tupidas brumas como opaco globo carmesí, que lucha en vano por enviar su calor vivificante a los miembros toscos y al cerebro aterido de los ásperos nortños. De modo que el poeta que en aquellas tierras nace, aumenta su fe exquisita en las cosas del espíritu tan desconocido y desamado. No hay para odiar la tiranía como vivir bajo ella. Ni para exacerbar el fuego poético, como morar entre los que carecen de él. Solo que, falto de almas en quienes verter la suya desbordante, muere ahogado el poeta.

¡Ved a Óscar Wilde! Es en Chickering Hall, casa de anchos salones, donde en Nueva York acude el público a oír lecturas. Es la casa de los lectores aristocráticos que ya gozan de fama y

de fortuna para llamar desahogadamente a ella. En esas salas se combate y defiende el dogma cristiano, se está a lo viejo y se predica a lo nuevo. Explican los viajeros sus viajes, acompañados de vistas panorámicas y dibujos en una gran pizarra. Estudia un crítico a un poeta. Diserta una dama sobre la conveniencia o inconveniencia de estos o aquellos trajes. Desenvuelve un filósofo las leyes de la filosofía. En una de esas salas va a leer Wilde su discurso sobre el gran renacimiento del arte en Inglaterra, del que le llaman maestro y guía, cuando no es más que bravo adepto y discípulo activo y ferviente. Él propaga su fe. Otros hubo que murieron de ella. Ya llegaremos a esto. La sala está llena de suntuosas damas y de selectos caballeros. Los poetas magnos faltan, como temerosos de ser tenidos por cómplices del innovador. Los hombres aman en secreto las verdades peligrosas, y solo iguala su miedo a defenderlas, antes de verjas aceptadas, la tenacidad y brío con que las apoyan luego que ya no se corre riesgo en su defensa. Óscar Wilde pertenece a excelente familia irlandesa, y ha comprado con su independencia pecuniaria el derecho a la independencia de su pensamiento. Este es uno de los males de que mueren los hombres de genio; acontece a menudo que su pobreza no les permite defender la verdad que los devora e ilumina, demasiado nueva y rebelde para que puedan vivir de ella. Y no viven sino en cuanto consienten en ahogar la verdad reveladora de que son mensajeros, de cuya pena mueren. Los carruajes se agolpan a las puertas anchas de la solemne casa de las lecturas. Tal dama lleva un lirio, que es símbolo de los reformistas. Todas han hecho gala de elegancia y riqueza en el vestir, como los estetas, que son en Inglaterra los renovadores del arte, quieren que sean siempre armónicos los colores que se junten en la ornamentación o en los vestidos, el escenario es simple y nítido.

Una silla vacía, de alto espaldar y gruesos brazos, como nuestras sillas de coro, espera al poeta. De manera oscura es la silla, y de marroquí oscuro su respaldo y su asiento. De castaño más suave es el lienzo que ocupa la pared del fondo. Junto a la silla una mesa elegante sostiene una artística jarra, en que

brilla, como luz presa, el agua pura. ¡Ved a Óscar Wilde! No viste como todos vestimos, sino de singular manera. Ya enuncia su traje el defecto de su propaganda, que no es tacto crear lo nuevo, de lo que no se siente capaz, como resucitar lo antiguo. El cabello le cuelga cual el de los caballeros de Elizabeth de Inglaterra, sobre el cuello y los hombros; el abundoso cabello, partido por esmerada raya hacia la mitad de la frente. Lleva frac negro, chaleco de seda blanco, calzón corto y holgado, medias largas de seda negra y zapatos de hebilla. El cuello de su camisa es bajo, como el de Byron, sujeto por caudalosa corbata de seda blanca, anudada con abandono. En la respaldante pechera luce un botón de brillantes, y del chaleco le cuelga una artística leontina. Que es preciso vestir bellamente, y él se da como ejemplo. Solo que el arte exige en todas sus obras unidad de tiempo, y hiere los ojos ver a un galán gastar chupilla de esta época, y pantalones de la pasada, y cabello a lo Cromwell, y leontinas a lo petimetre de comienzos de este siglo. Brilla, en el rostro del poeta joven, honrada nobleza. Es mesurado en el alarde de su extravagancia, tiene respeto a la alteza de sus miras, e impone con ellas el respeto de sí. Sonríe como quien está seguro de sí mismo. El auditorio, que es granado, cuchichea. ¿Qué dice el poeta? Dice que nadie ha de intentar definir la belleza, luego de que Goethe la ha definido; que el gran renacimiento inglés en este siglo une al amor de la hermosura griega, la pasión por el Renacimiento italiano, y el anhelo de aprovechar toda la belleza que ponga en sus obras ese espíritu moderno; dice que la escuela nueva ha brotado, como la armoniosa eufonía²⁰ del amor de Fausto y Helena de Troya, del maridaje del espíritu de Grecia, don-

20 *Como la armoniosa eufonía*: en la edición de las *Obras completas* (1975) de Martí, realizada por la Editorial de Ciencias Sociales y que es la que hemos seguido en lo general de nuestra antología, se lee esta frase en la forma que transcribimos. Otras ediciones dan una diferente lectura: como el armonioso Euforión, no rechazable dentro del contexto. Euforión, según un mito apócrifo, era un hijo alado de Aquiles y Helena. Goethe, en el Fausto, da este nombre al hijo de Margarita y Fausto.



de todo fue bello, y el individualismo ardiente, inquisidor y rebelde de los modernos románticos. Homero precedió a Fidias; Dante precedió a la renovación maravillosa de las artes de Italia; los poetas siempre preceden. Los prerrafaelistas²¹, que fueron pintores que amaron la belleza real natural y desnuda, precedieron a los estetas²² que aman la belleza de todos los tiempos, artística y culta. Y Keats²³, el poeta exuberante y plástico, precedió a los prerrafaelistas. Querían estos sectarios de los modos de pintar usados por los predecesores del melodioso Rafael, que hiciesen a un lado los pintores cuanto sabían del arte y venían enseñando los maestros, y con la paleta llena de colores, se diesen a copiar los objetos directamente de la naturaleza. Fueron sinceros hasta ser brutales. Del odio a la convención de los demás, cayeron en la convención propia. De su desdén de las reglas excesivas, cayeron en el desdén de toda regla. Mejorar no puede ser volver hacia atrás; pero los prerrafaelistas, ya que fueron capaces de fundar, volcaron al menos ídolos empolvados. Tras de ellos y en gran parte merced a ellos, empezaron a tenerse por buenas en Inglaterra la libertad y la verdad del arte.

42

No preguntéis a los ingleses —decía Óscar Wilde— quiénes fueron aquellos beneméritos prerrafaelistas: no saber nada de sus grandes hombres es uno de los requisitos de la educación inglesa. Allá en 1847 se reunían los admiradores de nuestro Keats para verle sacudir de su lecho de piedra la poesía y la pintura. Pero hacer esto es perder en Inglaterra todos sus derechos de ciudadano. Tenían lo

21 *Prerrafaelistas*: se dio este nombre a un grupo de artistas (pintores especialmente) que se constituyó en Inglaterra hacia 1848, y los cuales, como reacción a la pintura convencional y académica de la época, proponían una vuelta a los principios estéticos, que a ellos les parecían más sencillos y naturales, practicados por los primitivos italianos anteriores a Rafael.

22 *Estetas*: Martí usa aquí este término para designar la tendencia general de los artistas ingleses de finales del siglo xix que trataban de elevar la belleza a la categoría de supremo bien, por encima aun de la moral. El propio Wilde y Walter Pater figuraban entre los más destacados defensores de esta actitud

23 *Keats*: John Keats (1796-1821), uno de los grandes poetas, con Byron y Shelley, de la segunda generación de románticos ingleses.

que los ingleses no perdonan jamás que se tenga: juventud, poder y entusiasmo. Los satirizaron, porque la sátira es el homenaje que la medianía celosa paga siempre al genio, lo que debía tener muy contentos de sí a los reformadores, porque estar en desacuerdo con las tres cuartas partes de los ingleses en todos los puntos es una de las más legítimas causas de propia satisfacción, y debe ser una ancha fuente de consuelos en los momentos de desfallecimiento espiritual.

Oíd ahora a Wilde hablar de otro armoniosísimo poeta, William Morris,²⁴ que escribió *El paraíso terrenal*, y hacía gala de su belleza suma y condición sonora de sus versos vibrantes y transparentes como porcelana japonesa. Oíd a Wilde decir que Morris creyó que copiar de muy cerca a la naturaleza es privarla de lo que tiene de más bello, que es el vapor, que, a modo de halo luminoso, se desprende de sus obras. Oídle decir que a Morris deben las letras de Inglaterra aquel modo preciso de dibujar las imágenes de la fantasía en la mente y en el verso, a tal punto que no conoce poeta alguno inglés que haya excedido, en la frase nítida y en la imagen pura, a Morris. Oídle recomendar la práctica de Théophile Gautier,²⁵ que creía que no había libro más digno de ser leído por un poeta que el diccionario. «Aquellos reformadores —decía Wilde— venían cantando cuanto hallaban de hermoso, ya en su tiempo, ya en cualquiera de los tiempos de la tierra». Querían decirlo todo, pero decirlo bellamente. La hermosura era el único freno de la libertad. Les guiaba el profundo amor de lo perfecto.

No ahogaban la inspiración, sino le ponían ropaje bello. No querían que fuese desordenada por las calles, ni vestida de mal gusto, sino bien vestida. Y decía Wilde:

24 *William Morris* (1834-1896): uno de los más notables hombres de letras de la era victoriana, que profesó ideas socialistas muy avanzadas para su tiempo. *El paraíso terrenal* es una serie de 25 poemas narrativos sobre temas clásicos y medievales.

25 *Gautier*: Théophile Gautier (1811-1872), gran poeta y narrador francés, sobresalió por su admirable cuidado del estilo, y debido a ello se le relaciona con los ideales estéticos de los parnasianos.

No queremos cortar las alas a los poetas sino que nos hemos habituado a contar sus innumerables pulsaciones, a calcular su fuerza ilimitada, a gobernar su libertad ingobernable. Cántelo todo el bardo, si cuanto canta es digno de sus versos. Todo está presente ante el bardo. Vive de espíritus, que no parecen. No hay para él forma perdida, sí asunto caducado. Pero el poeta debe, con la calma de quien se siente en posesión del secreto de la belleza, aceptar lo que en los tiempos halle de irreprochablemente hermoso, y rechazar lo que no ajuste a su cabal idea de la hermosura. Swinburne,²⁶ que es también gran poeta inglés, cuya imaginación inunda de riquezas sin cuento sus rimas musicales, dice que el arte es la vida misma, y que el arte no sabe nada de la muerte. No desdeñemos lo antiguo porque acontece que lo antiguo refleja de modo perfecto lo presente, puesto que la vida varía en formas, es perpetua en su esencia, y en lo pasado se la ve sin esa «bruma de familiaridad» o de preocupación que la nubla para los que vamos existiendo en ella. Mas no basta la elección de un adecuado asunto para conmemorar las almas: no es el asunto pintado en un lienzo lo que encadena a él las miradas, sino el vapor del alma que surge del hábil empleo de los colores. Así el poeta, para ser su obra noble y durable, ha de adquirir ese arte de la mano, meramente técnico, que da a sus cantos ese perfume espiritual que embriaga a los hombres. ¡Qué importa que murmuren los críticos! El que puede ser artista, no se limita a ser crítico y los artistas, que el tiempo confirma, solo son comprendidos en todo su valer por los artistas. Nuestro Keats decía que solo veneraba a Dios, a la memoria de los grandes hombres y a la belleza. A eso venimos los estetas: a mostrar a los hombres la utilidad de amar la belleza, a excitar al estudio de los que la han cultivado, a avivar el gusto por lo perfecto, y el aborrecimiento de toda fealdad; a poner de nuevo en boga la admiración, el conocimiento y la práctica de todo lo que los hombres han admirado como hermoso. Mas, ¿de qué vale que ansiemos coronar la forma dramática que intentó nuestro poeta Shelley,²⁷ enfermo de amar al cielo en la tierra donde no se le ama? ¿De qué vale que persigamos con ahínco la mejora de nuestra poesía convencional y de nuestras artes pálidas, el embellecimiento

26 *Swinburne*: Algernon Charles Swinburne (1837-1909), poeta, dramaturgo y crítico inglés que se destacó por sus innovaciones y experimentos en el metro y la rima.

27 *Shelley*: Percy B. Shelley (1792-1822), el otro gran poeta del Romanticismo inglés, junto a Byron y Keats, de quienes fue coetáneo. A la muerte de este último escribió la famosa elegía «Adonais».

de nuestras casas, la gracia y propiedad de nuestros vestidos? No puede haber gran arte sin una hermosa vida nacional, y el espíritu comercial de Inglaterra la ha matado. No puede haber gran drama sin una noble vida nacional, y esa también ha sido muerta por el espíritu comercial de los ingleses.

Aplausos calurosos animaron en este enérgico pasaje al generoso lector, objeto visible de la curiosidad afectuosa de su auditorio. Y decía luego Óscar Wilde a los norteamericanos:

Vosotros, tal vez, hijos de pueblo nuevo, podréis lograr aquí lo que a nosotros nos cuesta tanta labor lograr allá en Bretaña. Vuestra carencia de viejas instituciones sea bendita, porque es una carencia de trabas; no tenéis tradiciones que os aten ni convenciones seculares e hipócritas con que os den los críticos en rostro. No os han pisoteado generaciones hambrientas. No estáis obligados a imitar perpetuamente un tipo de belleza cuyos elementos ya han muerto. De vosotros puede surgir el esplendor de una nueva imaginación y la maravilla de alguna nueva libertad. Os falta en vuestras ciudades, como en vuestra literatura, esa flexibilidad y gracia que da la sensibilidad a la belleza. Amad todo lo bello por el placer de amarlo. Todo reposo y toda ventura vienen de eso. La devoción a la belleza y a la creación de cosas bellas es la mejor de todas las civilizaciones; ella hace de la vida de cada hombre un sacramento, no un número en los libros de comercio. La belleza es la única cosa que el tiempo no acaba. Mueren las filosofías, extingúense los credos religiosos; pero lo que es bello vive siempre, y es joya de todos los tiempos, alimento de todos y gala eterna. Las guerras vendrán a ser menores cuando los hombres amen con igual intensidad las mismas cosas, cuando los una común atmósfera intelectual. Soberana poderosa es aún, por la fuerza de las guerras, Inglaterra; y nuestro renacimiento quiere crearle tal soberanía, que dure, aun cuando ya sus leopardos amarillos estén cansados del fragor de los combates, y no tiña la rosa de su escudo la sangre derramada en las batallas. Y vosotros también, americanos, poniendo en el corazón de este gran pueblo este espíritu artístico que mejora y endulza, crearéis para vosotros mismos tales riquezas, que os harán olvidar, por pequeñas, estas que gozáis ahora, por haber hecho de vuestra tierra una red de ferrocarriles, y de vuestras bahías el refugio de todas las embarcaciones que surcan los mares conocidos a los hombres.

Esas nobles y juiciosas cosas dijo en Chickering Hall el joven bardo inglés, de lengua cabellera y calzón corto. Mas, ¿qué evangelio es ese, que ha alzado en torno de los evangelistas tanta grita? Esos son nuestros pensamientos comunes; con esa piedad vemos nosotros las maravillas de las artes; no la sobra, sino la penuria, del espíritu comercial hay en nosotros. ¿Qué peculiar grandeza hay en esas verdades, bellas, pero vulgares y notorias, que, vestido con ese extraño traje, pasea Óscar Wilde por Inglaterra y los Estados Unidos? ¿Será maravilla para los demás lo que ya para nosotros es código olvidado? ¿Será respetable ese atrevido mancebo, o será ridículo? ¡Es respetable! Es cierto que, por temor de parecer presuntuoso, o por pagarse más del placer de la contemplación de las cosas bellas que del poder moral y fin trascendental de la belleza, no tuvo esa lectura que extractamos aquella profunda mira y dilatado alcance que placerían a un pensador. Es cierto que tiene algo de infantil predicar reforma tan vasta, aderezado con un traje extravagante que no añade nobleza ni esbeltez a la forma humana, ni es más que una tímida muestra de odio a los vulgares hábitos corrientes.

46 Es cierto que yerran los estetas en buscar, con peculiar amor, en la adoración de lo pasado y de lo extraordinario de otros tiempos, el secreto del bienestar espiritual en lo porvenir. Es cierto que deben los reformadores vigorosos perseguir el daño en la causa que lo engendra, que es el excesivo amor al bienestar físico, y no en el desamor del arte, que es su resultado. Es cierto que en nuestras tierras luminosas y fragantes tenemos como verdades trascendentales esas que ahora se predicán a los sajones como reformas sorprendentes y atrevidas. Mas, ¡con qué amargura no se ve ese hombre joven; cómo parece aletargado en los hijos de su pueblo ese culto ferviente de lo hermoso que consuela de las más grandes angustias y es causa de placeres inefables! ¡Con qué dolor no ha de ver perdida para la vida permanente la tierra en que nació, que paga culto a ídolos percederos! ¡Qué energía no ha menester para sofocar la censura de dibujantes y satíricos que viven de



halagar los gustos de un público que desama a quien le echa en cara sus defectos! ¡Qué vigor y qué pujanza no son precisos para arrostrar la cólera temible y el desdén rencoroso de un pueblo frío, hipócrita y calculador! ¡Qué alabanza no merece, a pesar de su cabello luengo y sus calzones cortos, ese gallardo joven que intenta trocar en sol de rayos vívidos, que hiendan y doren la atmósfera, aquel opaco globo carmesí que alumbra a los melancólicos ingleses! El amor al arte aquilata al alma y la enaltece: un bello cuadro, una límpida estatua, un juguete artístico, una modesta flor en lindo vaso, pone sonrisas en los labios donde morían tal vez, pocos momentos ha las lágrimas. Sobre el placer de conocer lo hermoso, que mejora y fortifica, está el placer de poseer lo hermoso, que nos deja contentos de nosotros mismos. Alhajar la casa, colgar de cuadros las paredes, gustar de ellos, estimar sus méritos, platicar de sus bellezas, son goces nobles que dan valía a la vida, distracción a la mente y alto empleo al espíritu. Se siente correr por las venas una savia nueva cuando se contempla una nueva obra de arte. Es como tener de presente lo venidero. Es como beber en copa de Cellini²⁸ la vida ideal.

48 Y ¡qué pueblo tan rudo aquel que mató a Byron! ¡Qué pueblo tan necio, como hecho de piedra, aquel que cegó los versos en los labios juveniles del abundoso Keats! El desdén inglés hiela, como hiela los ríos y los lagos ingleses el aire frío de las montañas. El desdén cae como saeta despedida de labios fríos y lívidos. Ama el ingenio, que complace; no el genio, que devora. La luz excesiva le daña, y ama la luz tibia. Gusta de los poetas elegantes, que le hacen sonreír; no de los poetas geniosos, que le hacen meditar y padecer. Opone siempre las costumbres, como escudo ferrado, a toda voz briosa que venga a turbar el sueño de su espíritu. A ese escudo lanzan sus clavos los jóvenes estetas; con ese escudo intentan los críticos ahogar

28 *Cellini*: Benvenuto Cellini (1500-1571), el célebre orfebre y escultor italiano, por cuyo estilo laborioso y brillante se le relaciona ya con la tendencia estética del manierismo.

en estos labios ardientes las voces generosas. Selló ese escudo antes que la muerte los labios de Keats. De Keats viene ese vigoroso aliento poético, que pide para el verso música y espíritu, y para el ennoblecimiento de la vida el culto al arte. De Keats vino a los bardos de Inglaterra aquel sutil y celoso amor de la forma, que ha dado a los sencillos pensamientos griegos. En Keats nace esa lucha dolorosa de los poetas ingleses, que lidian, como contra ejército invencible, por despertar el amor de la belleza impalpable y de las dulces vaguedades espirituales en un pueblo que rechaza todo lo que hiera, y no adule o adormezca sus sentidos.

¿Adónde ha de ir en aquella tierra un poeta sino al fondo de sí mismo? ¿Qué ha de hacer, sino plegarse en su alma, como violeta herida de casco de caballo? En Keats, las ideas, como agua de mar virgen, se desbordaban de las estrofas aladas y sonantes, sus imágenes se atropellaban, como en Shakespeare; solo que Shakespeare las domaba y jugueteaba con ellas; y Keats era a veces arrebatado por sus imágenes. Aquel sol interior calcinó el cuerpo. Keats, que adoraba la belleza, fue a morir a su templo: a Roma. ¡Puede su fervoroso discípulo, que con desafiar a sus censores da pruebas de majestuosa entereza, y con sus nobles versos invita a su alma a abandonar el mercado de virtudes, y cultivarse en triste silencio, avivar en su nación preocupada y desdeñosa el amor al arte, fuente de encantos reales y de consuelos con que reparar al espíritu acongojado de las amarguras que acarrea la vida!

Tomado de Martí, José. *Ensayos y crónicas*. Ediciones Cátedra, Madrid, 2004, pp. 79-89.



La personalidad literaria y humana de José Martí (fragmento)

Por José Olivio Jiménez

Entre los fundadores americanos del modernismo hispánico, que fueron sus verdaderos iniciadores, ocupa el cubano José Martí (1853-1895) un primerísimo lugar. Lo que como renovador audaz hizo en el terreno de la prosa, solo puede tener parangón con lo que en el verso realizara poco después Rubén Darío. Martí fue el genial prosista de aquel movimiento, como Darío fuera el poeta genial de esa misma época. Esto no implica, desde luego, regatearle méritos a la prosa de Rubén, autor de cuentos en verdad innovadores, así como de ensayos y crónicas también de altísimo valor. Ni tampoco, y aún menos, subestimar la calidad anticipatoria de la poesía de Martí, que pudo saltar las estéticas de su época; pues «su modernidad —escribía Federico de Onís en 1934, juzgándole como poeta— apuntaba más

lejos que la de los modernistas, y hoy es más válida y patente que entonces».²⁹

Pero antes, pensando en el lector poco iniciado en la vida de José Martí, nos parece oportuno reseñar aquí, muy escuetamente, los hechos más significativos de su biografía, de manera que su personalidad humana y literaria, iluminada por su circunstancia histórica, pueda ser más cabalmente comprendida.

Nacido en La Habana, en 1853, de padre valenciano y madre canaria, natural de Tenerife, José Martí cursa sus estudios secundarios en el colegio de San Pablo, de la capital cubana, dirigido por el poeta y activista político Rafael Mendive, que ejerce en el joven Martí una muy positiva influencia literaria e ideológica. En 1869, durante la Guerra de los Diez Años (1868-1878), provocada por el movimiento independentista de la Isla, Martí es acusado de «infidencia» al Gobierno español y condenado a seis años de presidio, que le obligan a realizar trabajos forzados en las canteras de San Lázaro (en La Habana), hasta que, indultado, pasa unos meses en Isla de Pinos y, en 1871, es deportado a España.

En España ejerce una intensa vida intelectual y política, que deja honda huella en sus convicciones ideológicas, literarias y filosóficas. Aprovecha su estancia, además, para obtener la Licenciatura en Derecho, cuyos estudios inicia en Madrid y acaba en Zaragoza, donde en 1874 también se licencia en Filosofía y Letras. En Madrid publica su primera obra de considerable extensión, *El presidio político en Cuba* (1871), crónica sumamente vívida de sus experiencias de presidiario.

A finales de 1874 abandona España y, tras unas breves escalas en París y Nueva York, llega a México a principios de 1875, país en el que iniciará relaciones intelectuales y amistosas muy decisivas para su vida futura. En la *Revista Universal* de México, con nombre propio o con seudónimo, publica numerosos artículos sobre arte, literatura, política, economía,

29 De Onís Federico. *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, (1882-1932) [1934]; reimpresión, Las Américas, Nueva York, 1961, p. 35.

filosofía y otras materias, que evidencian su precoz maduración intelectual. En 1877 se traslada a Guatemala donde ejerce como profesor de literatura y filosofía en la Escuela Normal Central. Al año siguiente, terminada la Guerra de los Diez Años, de pésimos resultados para la nación cubana, se acoge a la amnistía dictada en su país por el Gobierno español y regresa a su isla; aunque al año siguiente será nuevamente deportado a España como consecuencia de su vinculación a actividades conspiratorias por la independencia de su patria. En 1877 había contraído matrimonio con la cubana Carmen Zayas Bazán, con la que tendría a su hijo José Francisco, protagonista de su primer libro poético, *Ismaelillo*, de 1882.

En 1880 llega a la ciudad de Nueva York, donde residirá con intervalos de ausencia más o menos largos, hasta enero de 1895, año de su muerte. Allí ejercerá una incansable actividad periodística y política, que le permite conocer a numerosos cubanos exiliados por su misma causa y a otros hispanoamericanos residentes en la ciudad, como la venezolana Carmen Miyares. Por fuentes fidedignas, es de admitir que Martí fue el padre de María Mantilla, hija de aquella.

En 1881 pasa varios meses en Venezuela, y allí funda y escribe casi totalmente los dos números de la *Revista Venezolana*. Por recelos del dictador de aquel país, Antonio Guzmán Blanco, regresa a Nueva York a finales de ese mismo año. En esta ciudad, donde publica el ya citado libro de poema, *Ismaelillo*, comienza a colaborar en distintos periódicos hispanoamericanos, como *La Opinión Nacional*, de Caracas; *La Nación* de Buenos Aires, y *El Partido Liberal*, de México, así como con otras muchas publicaciones de diversa periodicidad. Enseguida se convierte en habitual articulista de estos diarios, en los que aparecen casi todos los ensayos y crónicas que hemos seleccionado en este volumen. La madurez y la extraña novedad de su prosa le hacen merecedor de un gran prestigio periodístico y literario en todo el continente americano de habla hispana, hasta el punto de que muchos otros periódicos de estos países reproducen las colaboraciones que escribía para los diarios antes citados.

También en Nueva York, a principios de esa década de los 80, escribe sus dramáticos versos libres y, años más tarde, gran parte de los poemas publicados como *Flores del destierro*. Ambos volúmenes poéticos verán la luz póstumamente.

En 1885 aparece su única novela, *Amistad funesta*, en *El Latino Americano* de Nueva York, para la que proyecta una nueva edición, no publicada en vida, con el título de *Lucía Jerez*, nombre de la protagonista del relato. De 1889 son los cuatro números de la revista infantil *La Edad de Oro*, redactada íntegramente por Martí, y en ella encontramos textos ensayísticos, cronísticos y narrativo-ficcionales de notable interés.

Entre sus muchas actividades neoyorquinas, cabe destacar la fundación de «La Liga», dedicada a promover la instrucción entre cubanos y puertorriqueños humildes de raza negra, sin recibir ninguna remuneración por este trabajo. De 1890 a 1892 también ejerce como profesor de español en una escuela pública nocturna de esta gran ciudad. En 1890, asimismo asiste, en calidad de periodista, a la Conferencia Internacional Americana, convocada por los Estados Unidos y celebrada en Washington: a raíz de ella sufre una profunda decepción debida a la dirección imperialista que adopta la política de los Estados Unidos hacia los países hispanoamericanos. Hacia finales de ese año es nombrado representante del Uruguay en la Comisión Monetaria Internacional Americana, que celebrará sus sesiones al año siguiente. Por la acumulación de actividades en esos últimos tiempos, y por el recrudecimiento de antiguas dolencias, buscará reponerse, por indicación médica, en las montañas de Catskill, cercanas a Nueva York, y allí escribirá, en 1891, sus célebres *Versos sencillos*.

Ese mismo año se produce la separación definitiva de su esposa y de su hijo José Francisco, pues aquella no comparte la febril y completa dedicación de su marido a las actividades revolucionarias.

En 1892 se funda, por parte de todos los emigrados cubanos y puertorriqueños de Cayo Hueso, Tampa y Nueva York, el Partido Revolucionario Cubano, en el que Martí actúa como



«delegado» y por cuya causa debe realizar numerosos viajes por todo el territorio estadounidense, así como por varios países de la órbita del Caribe: Santo Domingo, Haití, Jamaica, Panamá, Costa Rica, México. En ellos no solo concierta voluntades para la futura lucha armada, sino que planea la caracterización cívica que ha de animar a la nueva República.

El 29 de enero de 1895 firma en Nueva York la Orden de Alzamiento en Cuba; y al día siguiente embarca para Santo Domingo, donde se reunirá con el general Máximo Gómez, natural de esta isla y jefe militar de la inminente acción bélica en Cuba. El 25 de marzo redacta la declaración de guerra (de «una guerra sin odio»), conocida como el «Manifiesto de Montecristi», pues en esa localidad dominicana la firman el propio Martí y el general Gómez. En este lugar comienza a escribir sus *Diarios de campaña*, donde reúne, con una prosa de acendrada creatividad lírica, sus más variadas impresiones sobre el viaje y su reencuentro con las tierras de su patria, adonde llega el 11 de abril de ese año, 1895, para reunirse con los dos más altos militares del Ejército Libertador, Máximo Gómez y Antonio Maceo. El día 19 de mayo, poco después de comenzar los enfrentamientos con las tropas españolas, cae herido de muerte en la sabana de Dos Ríos, en la costa oriental de Cuba. Al morir llevaba en el pecho, «como escudo contra las balas», el retrato de su niña María Mantilla. Tenía Martí cuarenta y dos años. Nos dejaba una obra ejemplar ética y estéticamente, tanto en prosa como en verso.

Nuestra selección ha aspirado, sin embargo, a presentar solo al prosista, al escritor a quien debemos, principalmente en su trabajo periodístico, la fundación de una nueva escritura.³⁰ Y por ello debo constreñir estos comentarios a esa labor periodística suya en ensayos y crónicas. Fue Martí, muy en síntesis, quien dotó a la prosa en lengua castellana del modernismo de

30 Tal es, aproximadamente, el certero título del libro que Susana Rotker ha dedicado al tema, de un modo documentado y convincente: *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*.

una riqueza estilística y de un peso ideológico generoso en vetas temáticas muy variadas y en múltiples previsiones cargadas de futuridad que resultaron impares entre los prosistas de sus años. Y es esa ecuación entre el escritor, que abre una nueva época en el estilo, y el pensador, que diagnostica agudamente el presente y avizora de modo asombroso el porvenir, lo que le asegura no solo aquel puesto de honor histórico-literario que comenzamos por atribuirle, sino también su más rigurosa actualidad.

Y van así, escuetamente enunciadas, dos de las facetas que su trabajo creador exhibe, pero las cuales debemos precisar algo más. Igualmente se hace imperativo, al mismo tiempo, añadirle otra dimensión, la social, que, si nuestra intención fuera la de armar la imagen de un Martí total y no solo referirnos a su labor en prosa, debió haber sido la primera en ser advertida. Anunciados quedan, pues, los tres rostros mayores de su cabal personalidad que ahora pasamos muy sumariamente a describir. La verdad es, sin embargo, que esas tres facetas, y todas las demás que pudiéramos descubrirle, se dieron en él dentro de una rara y fértil unidad, que hace tan ubérrima y compleja su integral entidad humana y literaria.

De entrada, pues en el terreno del arte de la palabra andamos, hay que señalar al escritor consciente y preocupado de la belleza y la libertad expresiva: a un escritor afanoso, en consecuencia, por dar flexibilidad y sangre nueva a la modulación literaria de una lengua que cuando ellos, los primeros modernistas, se iniciaban en las letras, percibían en un lamentable estado de esclerosis, sequedad y postración. Y tal fue, en el estricto nivel del lenguaje artístico, el santo y seña común de los escritores modernistas: lo que permite unir bajo ese rubro genérico de *modernismo* a tantos talentos extremadamente individualistas y prácticamente irreductibles entre sí. Martí, con el rigor de lo que era en él todo un programa estético y con la amplitud ondulante y nerviosa a la vez de su estilo (que incorporaba aun el visionarismo de sesgo expresionista), fue quien con mayor tenacidad había de llevar nuestra lengua literaria, y los contradictorios códigos de pensamiento que en ella encon-

traron viabilidad comunicativa, no solo al modernismo, sino hasta las puertas mismas de la modernidad.³¹

Y dando basamento y solidez a esa tarea del artista, nos hallamos ante —y esto ya se adelantó— el pensador fuerte, viril, cargado de la recia savia ética de su solar hispano; aunque ciertamente librado de las mostrencas consignas dogmáticas a las que con frecuencia nuestra misma y tradicional moral hispana suele ser proclive. Martí fue un pensador enérgicamente moral, pero dentro de una tesitura que solo aceptaba el sentimiento y la práctica del amor como única ley impostergable: «que el amor sea moda», llegó a pedir. Y por ello sigue siendo un auténtico guía espiritual de la humanidad, el mayor que en tal sentido ha dado Iberoamérica, y aún más allá de estos límites.

Y por fin —pero repito: tal vez ante todo— nos espera en Martí el generoso hombre de acción, inspirado por los más nobles intereses: la entrega de su vida a la causa de la independencia de su patria y, con ella, la total de las Antillas. Y también, ante la amenaza del expansionismo de los Estados Unidos (y a ello volveremos con mayor detalle), urgido por su deseo de servir a la seguridad de la América toda y al equilibrio del mundo. Le sostenía, pues, una inquebrantable voluntad de lucha a la que vino la muerte, casi buscada en el campo de batalla frente al ejército español, a nimbar de un halo glorioso de heroísmo. Lamentablemente, la misma estatura heroica que así alcanzó ha contribuido en gran parte a que un público mayoritario le conozca solo en función de tal sacrificio, y le valore únicamente como un patriota y un revolucionario, mártir de sus mismos ideales.

En verdad, y como hemos apuntado, fueron tres, mínimamente, sus rostros públicos: el del escritor, el pensador, el revolucionario. No es posible violentar su misma y prístina moral de la armonía, que tan vigorosamente profesara, contemplándole

31 Para estas cuestiones, véanse el ensayo de Ángel Rama titulado «La dialéctica de la modernidad en José Martí», incluido en el volumen *Estudios martianos*; y los inteligentes enfoques de Julio Ramos en su libro *Desencuentros de la modernidad. Literatura y política en América Latina*.

de modo parcial bajo una sola de estas luces. El propio Martí era consciente de esa estrecha vinculación entre la palabra y el acto; y refiriéndose al periodismo, que fue el destino natural y casi único de su prosa, exclamó: «¡Tiene tanto el periodista de soldado!». Únicamente tratando de abarcarlo en esa singularísima y entrañable relación que en él se dio, podremos aproximarnos algo a una imagen cierta del entero Martí.

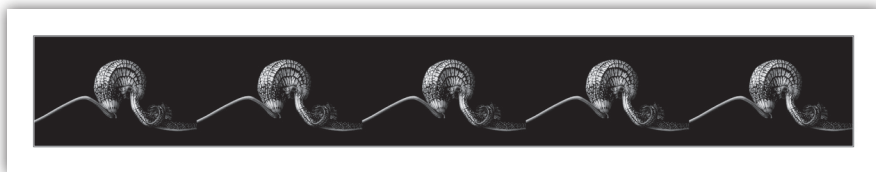
Tomado de Martí, José. *Ensayos y crónicas*. Ediciones Cátedra, Madrid, 2004, pp. 11-17.



Jorge Restrepo Gil

Licenciado en Español y Literatura de la Universidad de Antioquia.

- 1999 Primer puesto en el Concurso Fotográfico sobre la Lectura, Comfenalco, Medellín.
- 2001 Primer puesto en el Séptimo Concurso Nacional de Fotografía Documental Los Trabajos y los Días, Medellín.
- 2002 Mención de honor, Tercera Bienal de Fotografía, Medellín.
- 2003 Segundo puesto en Concurso de Derechos Humanos, organizado por el Museo de Arte Moderno de Medellín.
- 2004 Exposición individual en la Biblioteca de la Universidad de Antioquia.
- 2011 18.º Salón de Arte del Magisterio, Medellín (seleccionado).
- 2012 Salón Fotográfico Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.
- 2013 Finalista en la Octava Bienal de Fotografía, Medellín.
Exposición individual, itinerante, en todos los parques biblioteca de Medellín
19.º Concurso Latinoamericano de Fotografía Documental (seleccionado).
Salón Fotográfico Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.
- 2014 Salón Fotográfico Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.
- 2015 Salón Fotográfico Universidad Pontificia Bolivariana (seleccionado).
- 2016 Salón Fotográfico Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.
Tercer puesto.
«No todo lo que brilla es oro», exposición individual en la Biblioteca de la Universidad de Antioquia.



No todo lo que brilla es oro

Las fotografías de Jorge Restrepo que aparecen en este número de *Leer y Releer* son, aparentemente, esculturas hechas en madera, algunas en metal, y sus formas son premeditadamente animales: marinos unos, otros terrestres; o flores exóticas a lo mejor carnívoras, hongos, raros huevos en estuches vegetales, un óvalo lleno de puntas como si se tratara de un antiguo elemento de tortura; otras son simplemente bellas figuras incomprensibles que dejan ver sus texturas y casi sus intimidades, pues tal es el acercamiento que sin esfuerzo le permiten al ojo que observa, que trata inútilmente de descifrarlas. O que se va pensando que las ha descubierto, que sabe perfectamente de qué se trata. A las figuras, estoy seguro, no les importa, ellas no juegan a engañar sino que, simplemente, son, están ahí, viven contentas tal como existen.

Pero Jorge Restrepo, el artífice de todo esto, quien no es un fotógrafo profesional, ya que sus asuntos normalmente son otros y están relacionados con la educación y con la literatura, pero ha cultivado la fotografía como un gusto y un gesto personales y ha hecho de ella un puro acto de imaginación,

dice³² que lo que hay retratado aquí son modelos vegetales pequeños, casi imperceptibles, sin atributos sobresalientes a la vista, que se encuentran de manera silvestre entre la maleza de la calle o en pequeños jardines muchas veces abandonados o debajo de un árbol en plena ciudad. Que «el primer paso es caminar», no hay que ir, por lo tanto, a lugares lejanos y exóticos, ni a selvas oscuras ni a ríos caudalosos. Y que estos pequeñísimos objetos vegetales son recogidos sin buscar en ellos formas premeditadas, sino que, almacenadas en un bolso personal común y corriente y en estuches ocasionales como chuspas de papel, son llevados a la casa, donde reposan por un tiempo determinado, casi abandonados («allí se van tornando secos y amarillos»), hasta que les llega el día de ponerse a posar («me pongo a buscarles la forma, el ángulo, el encuadre preciso, a darles vueltas, a mirar y a volver a mirar, hasta que aparezca algo nuevo, distinto, extraño si se quiere») para el ojo del fotógrafo que ahora sí dispone los elementos técnicos necesarios, incluyendo cámaras y una luz mañanera y natural que entre por una ventana en el estudio fotográfico, y una pieza con mesas y libros, simplemente.

El autor lo explica así, más o menos:

La cámara está dispuesta en el trípode, hay un disparador manual y una macrolente 105 mm para los modelos minúsculos y frágiles; regla inquebrantable: no usar *flash* ni luz artificial; luego de la toma hacer uso del revelado digital que la tecnología facilita; quitarles a las imágenes las policromías que distraen, pero sin otra manipulación que, por lo demás, no es necesaria: los modelos están ahí y solo hay que darles las vueltas necesarias para verlos desde ángulos distintos. El fragmento de naturaleza antes insignificante aparece en el rectángulo de otra manera. Una imagen nueva de las cosas más simples.

Como se ve, y como lo he insinuado antes, las fotografías de Jorge Restrepo son pura imaginación. Él usa la técnica

³² He adaptado parte de lo que Jorge Restrepo escribió en media página para hablar un poco del contenido de las fotografías.

apropiada, claro, y su ojo imagina el resto. Es lo que he dicho en otra parte: la técnica y la imaginación. Cada una separada de la otra es nada en arte.

Estas limpias y nítidas fotografías, que evocan los mundos de la escultura, tal vez monumental, y materiales diversos y «duros» como metales y maderas, no son más que minúsculas y frágiles malezas recogidas por las manos curiosas y sutiles que saben ver qué sirve para transformar la realidad y engañar el ojo acostumbrado a los mundos predecibles que nos ofrece el diario consumo de lo ya hecho, de lo fabricado a medida para «nuestras necesidades». En la simpleza y la modestia de esos yerbajos y de esas breves naturalezas subyace la monumentalidad y la compleja textura de nuevas realidades hechas imaginación. Necesitan solamente el ojo transformador de un fotógrafo curioso, experto en la técnica y conocedor del arte de imaginar.

Luis Germán Sierra J.





Atribución–No comercial–Sin Derivar.

Está permitido descargar y compartir esta obra siempre que se reconozca su autoría. Está prohibido mezclarla, transformarla o crear nuevo material a partir de ella. Está prohibido su uso con fines comerciales.



**Imprenta
Universidad de Antioquia**

Teléfono: (574) 219 53 30. Telefax: (574) 219 50 13
Correo electrónico: imprenta@udea.edu.co



**Imprenta
Universidad de Antioquia**

Manos expertas en su trabajo

• revistas • libros • plegables • afiches • volantes • carpetas • tarjetas • portafolios •

Ciudad Universitaria: Calle 67 N.º 53-108

Bloque 28, primer piso. Teléfono: (57-4) 219 53 30

Telefax: (57-4) 219 50 13

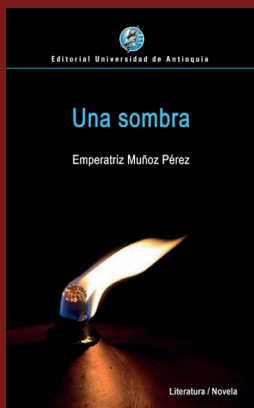
Correo electrónico: imprenta@udea.edu.co

Medellín, Colombia



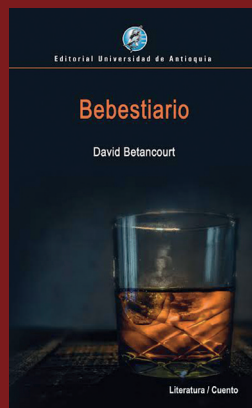


Editorial Universidad de Antioquia®



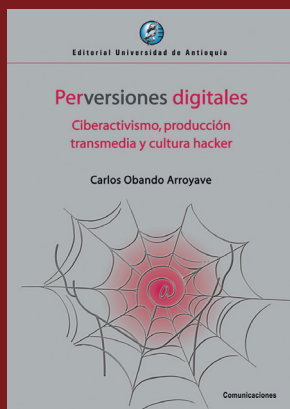
Una sombra

Emperatriz Muñoz Pérez



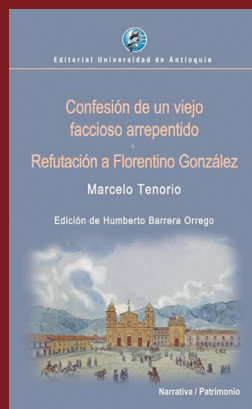
Bebestiarlo

David Betancourt



Perversiones digitales Ciberactivismo, producción transmedia y cultura *hacker*

Carlos Obando Arroyave



Confesión de un viejo faccioso arrepentido Refutación a Florentino González

Marcelo Tenorio. Edición de Humberto Barrera Orrego



LibreRía
Universidad de Antioquia

Edificio de Extensión, primer piso
Calle 70 N.º 52-72
Teléfono: (57-4) 219 80 12
Medellín, Colombia

Correo: libreria@udea.edu.co